

Subjetividades contemporáneas: tránsitos y tensiones¹

Resumen

El presente escrito pretende dar cuenta de las distintas formas de configuración de las subjetividades contemporáneas en el cruce de su operación con las instituciones sociales. Es decir, trata de observar los aparatos sociales en función de su acción sobre unos sujetos concretos a lo largo de la historia reciente. Estas dos puntas del ejemplo pueden ayudar a graficar las dinámicas sociales y las distintas subjetividades que han podido perfilarse en los últimos tiempos.

Palabras clave: Subjetividades contemporáneas, historia reciente, subjetividad, modernidad.

Summary

This writing tries to justify different ways to configure contemporary subjectivities and their crossing with social institutions. It tries to watch social components, in function on their actions on concrete subjects through last nearly history. These two features from this example can help to identify and graphic social dynamics and different subjectivities, that in the last times are on the top.

Keywords: Contemporary subjectivities, recent history, subjectivity, modernity.

Diego H. Arias Gómez

Magíster en Sociología de la Educación. Candidato a Doctor en Educación. Profesor de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y de la Universidad Pedagógica Nacional. Miembro del Grupo Educación y Cultura Política. diegoarias8@gmail.com

La verdadera medicina, siempre según la tradición hipocrática, comienza con el conocimiento de las enfermedades invisibles, vale decir, de los hechos de los que el enfermo no habla, ya sea porque no tiene conciencia de ellos o porque olvida comunicarlos. Sucede lo mismo con una ciencia social preocupada por conocer y comprender las verdades causas del malestar que sólo se expresa a la luz del día a través de signos sociales difíciles de interpretar por ser, en apariencia, demasiado evidentes (Bourdieu, 1999: 558)

Introducción

Con el epígrafe del sociólogo francés se ubica el presente ejercicio como un intento por entender parte de las crecientes desubicaciones y malestares que viven los sujetos de la actual generación, a la vez se analiza la proliferación de lecturas que se dan a propósito de la crisis. Hay un malestar no siempre evidente, pero en cuyos signos es posible interpretar una época incómoda con los cánones de clasificación anteriores, y unos individuos con nuevas posibilidades de acción, pero también con nuevos matices de subjetividad.

A fuerza de parecer evidente, para efectos de lo que viene y de ubicar en el contexto general el presente escrito, conviene insistir en la naturaleza social del ser humano. El hombre y la mujer son seres históricos, no predeterminados, abiertos, en construcción, en interacción con los otros y con el medio que los rodea.

Afirmar la historicidad del hombre quiere decir, entre otras cosas, que los comportamientos, pensamientos y valores que se tienen en algún momento

dependen fundamentalmente de la situación que le correspondió vivir, tanto en el pasado como en el presente. Este principio no sólo conduce a la necesidad de contextualizar las aseveraciones del sujeto en la historia para comprenderlas, sino de entender al sujeto en su historia, para contextualizarlo.

Es necesario sopesar las escalas y los gestos pretéritos en el contexto donde se dieron, así como otear las fuerzas, las presiones y la coyuntura que los determinaron. Ello hace parte de los hechos mismos del pasado. Así, por ejemplo, explicar el pensamiento medieval o del hombre corriente del siglo XV precisa recurrir inevitablemente a unos hechos que marcaron ese momento, como el dogmatismo religioso (socialmente aceptado), la jurisprudencia de la Inquisición (políticamente impuesta), el modo de producción feudal (económicamente imperante).

Decir que el hombre es un ser histórico, supone reconocer que hay una adscripción social, y dentro de ella, a los grupos que conforman la sociedad, y que este movimiento ayuda a configurar la subjetividad de los individuos. Lo expresa Bauman, al ubicar

1 Ponencia presentada en el evento Historia, Memoria y Subjetividad. Múltiples Configuraciones en América Latina, en el marco del Seminario Permanente Problemas Socioculturales Contemporáneos, organizado por la Dirección de Investigación de la Corporación Unificada de Educación Superior (CUN), el 18 de mayo de 2009.

la ambivalente función de la sociedad que posibilita ser, pero que a la vez limita, pues “por una parte me *permite* ser libre; por la otra, me *restringe* trazando las fronteras de mi libertad” (1990: 28).

Afirmar la inclinación social del ser humano no es simplemente constatar la necesidad física de los otros a fin de obtener los insumos necesarios para la sobrevivencia física, que no es poco, es constatar que el arsenal de conceptos, ideas, valores y símbolos que manejamos y nos permiten —a unos más a otros menos— hacernos con el mundo fueron legados de otros y otras que nos antecedieron en la sociedad.

Afirmar la inclinación social del ser humano no es simplemente constatar la necesidad física de los otros a fin de obtener los insumos necesarios para la sobrevivencia física, que no es poco, es constatar que el arsenal de conceptos, ideas, valores y símbolos que manejamos y nos permiten —a unos más a otros menos— hacernos con el mundo fueron legados de otros y otras que nos antecedieron en la sociedad.

No hay identidad personal que no sea al mismo tiempo y por lo mismo identidad social. Se es Juan, María o Rodolfo, pero se es también Rodríguez, Segura o García: junto al nombre personal y como esencial complemento, el nombre social, el apellido indicador de la vinculación y pertenencia social. (Martín-Baró, 1997: 117)

El nombre de cada uno sella el vínculo con una pequeña comunidad familiar. Los padres, en medio de una decisión en apariencia azarosa, legan una distinción individual que expresa el gusto de una época y una selección social. Los nombres hablan de las sociedades en medio de los cuales se dan, por ello algunos pasan de moda y otros se imponen y dicen de los modos sociales.

La sociedad se nos impone, es ella “quien dispensa, en grados diferentes, las justificaciones y las razones de existir; ella es la que, al producir las posiciones o los asuntos llamados ‘importantes’, produce los actos y los agentes considerados ‘importantes’” (Bourdieu, 2002: 56). En su momento, la

fe, la trascendencia, la virtud, la moral, la patria, el honor; ahora la distinción, el poder, el dinero, fueron los unos y los otros horizontes perseguidos por los hombres, en cuanto valores socialmente legítimos e institucionalmente aceptados e impulsados:

Podemos afirmar entonces que los modos de producción de subjetividad tienen que ser ubicados en y relacionados con las formaciones sociales de cada época. En este sentido, cada uno lo es de su tiempo y de las particularidades bajo las cuales piensa, se reconoce, actúa y en últimas construye una identidad. (Mejía, 2004: 152)

Vamos entonces un poco más allá o un poco más acá de lo que el medio lo permite, para bien y para mal. La sociedad no obra en aire, no es una abstracción; ella actúa por medio de instituciones, por medio de aparatos que encarnan sus intenciones. La familia, el Estado, la Iglesia, la economía, el ejército y la escuela son sistemas permanentes y organizados que reproducen pautas normativas que satisfacen una necesidad social. Estas instituciones históricamente se han encargado de reproducir en lo micro los dispositivos sociales que definen lo grueso de las maneras de pensar y actuar de los sujetos, en el marco de una formación social vigente.

Esta *introyección* de lo social en lo individual no es mecánica, está sujeta a una suerte de complejidades y particularidades que dependen de muchos factores. Quizá fue Pierre Bourdieu quien mejor explicó este proceso con su concepto de *habitus*, mediante el cual lo estructural se individualiza. La acción (para el autor) no es producto de las conciencias individuales ni de la sociedad en abstracto, sino que está entre “la historia objetivada en las cosas, en forma de instituciones, y la historia encarnada en los cuerpos, en forma de disposiciones duraderas” (Bourdieu, 1990: 69). El *habitus* “programa” el comportamiento de los individuos, de manera que las preferencias, los gustos y las inclinaciones de las personas son “estructuras sociales encarnadas”

que recrean dentro de sí las influencias y las fuerzas organizadas de su ambiente.

Esta lectura evita caer en el objetivismo que ve en las acciones individuales un mero reflejo mecánico de las dinámicas macrosociales y, por lo tanto, a los individuos como reproductores pasivos de los condicionantes sociales; pero también esquiva el subjetivismo que explica las acciones a partir de la voluntad absolutamente libre e incondicionada de los individuos, independientemente del contexto y de los influjos de la sociedad. El *habitus* de Bourdieu tranza en esta dicotomía a favor de cuerpos socializados, cuya reacción depende de experiencias biográficas individuales. Así que “como no hay dos historias individuales idénticas, no hay *habitus* idénticos” (Bourdieu, 2000: 75).

Subjetividad moderna

Si se quiere establecer un cruce entre las instituciones sociales y unos sujetos para que se haga visible un acercamiento a las transformaciones en curso y a las tensiones que este movimiento provoca en la formación de la subjetividad —entendida como un “conjunto de instancias y procesos de producción de sentido, a través de las cuales los individuos y los colectivos sociales construyen y actúan sobre la realidad” (Torres, 2006: 91)— conviene una mirada retrospectiva.

Tiene que ver con la manera como el sujeto incorpora las normas, valores, creencias, lenguajes y formas de captar el mundo, “conscientes e inconscientes, cognitivas, emocionales, volitivas y eróticas, desde los cuales los sujetos elaboran su experiencia existencial y sus sentidos de vida” (Torres, 2006: 91), y, agregaríamos, en un marco social e históricamente determinado. Para Torres, la subjetividad cumple varias funciones: (1) *cognitiva*, pues da un marco para entender la realidad; (2) *práctica*, en cuanto orienta la experiencia, y (3) *identitaria*, porque contribuye con los materiales para edificar el marco de pertenencia social.

La tensión entre la sociedad y los individuos no siempre se ha expresado de la misma manera,

es decir, el peso de lo social a la hora de definir los comportamientos individuales ha variado a lo largo del tiempo:

El equilibrio entre la identidad del yo y la identidad del nosotros ha experimentado un cambio notable desde la Edad Media europea; cambio que, muy brevemente, podría resumirse así: antes el equilibrio entre la identidad del nosotros y la identidad del yo se inclinaba más hacia la primera. A partir del Renacimiento el equilibrio empezó a inclinarse cada vez más hacia la identidad del yo. (Elias, 1990: 226)

Remitirse a la subjetividad moderna implica reconocer un deslizamiento progresivo hacia el “yo” en la modernidad, a partir de su contraste con la del antiguo régimen para identificar rupturas y continuidades. Esbozar la transición de la sociedad medieval a la moderna y a la contemporánea, siguiendo a Elias, significa graficar un cambio del nosotros hacia el yo, o, en palabras de Durkheim (1985), el paso de la solidaridad orgánica a la solidaridad mecánica.

La fortaleza de las instituciones medievales produjo una subjetividad homogénea, rígida, con un horizonte y un papel claro respecto al ser y al deber ser. Los valores no estaban supeditados a discusión y el dogmatismo de fe garantizaba el consenso de las instituciones respecto al sujeto que se iba a edificar. Además, las largas y reiteradas repeticiones de las pautas sociales, reforzadas durante cientos de años de permanencia, se materializaban, sin grandes altibajos en *habitus* definidos y homogéneos.

La modernidad, a partir del siglo XVI, pese a la crisis que representó en el imaginario colectivo y los cambios que generó, ofreció un nuevo “pegamento social”, un nuevo Dios (la razón) y una nueva iglesia (el Estado-nación). Ellos garantizaron la confluencia de las instituciones que ahora tenían como tarea esculpir el nuevo ciudadano que las repúblicas nacientes requerían.

Así es como la subjetividad moderna tenía claros sistemas de contención, en todos los sentidos de la palabra. Contenía, en cuanto función socializadora de las instituciones modernas; consistía en reprimir, vigilar y castigar (Foucault, 1990) los comportamientos desviados, indeseados o anormales de las huestes bárbaras y salvajes. Aquí la palabra *contener* tiene el claro significado de frenar, detener, parar; pero, a su vez, contenían a los sujetos en el sentido de apoyarlos, albergarlos, darles seguridad, protegerlos de la intemperie. El lazo social —que en muchos casos podía convertirse en soga de cadalso— representaba la red que sostenía a los individuos. Por ello era fundamental para los Estados modernos el sistema público de escuelas, la seguridad social, la pensión para la vejez, etc. Artilugios todos, ya casi olvidados, propios del Estado de bienestar.

En unos más, en otros menos, la preocupación en los Estados por los más desfavorecidos impuso en su momento la masificación de la escolarización, la atención a la niñez, la protección en la vejez, la salud obligatoria, el trabajo para todos e, incluso, la recreación como objetivo social. Cabe indicar que en la mayoría de países de América Latina dichas mieles fueron una promesa incumplida, ya que la modernidad se impuso de espaldas a las complejidades internas y provocó la yuxtaposición de lógicas e instituciones que dejaron ver, por ejemplo, una alta industrialización en ciertas ciudades al lado de formas precapitalistas de producción; burocratización de los aparatos del Estado al lado de clientelismo, gamonalismo y caudillismo, o alta modernización arquitectónica en sectores urbanos junto a cinturones de miseria producto del hacinamiento, el desplazamiento y la violencia.

Si, como dice Gimeno, “cada uno de nosotros somos una construcción hecha con los ‘materiales’ que ofrece la cultura” (2001: 33), entonces en la modernidad la cultura nos proporcionó unos elementos discernibles en varias dimensiones. En lo económico, efecto de la industrialización, provocó escalas claras de autoridad y jerarquías, tiempos rígidos de trabajo, horarios definidos y roles delimitados. El traba-

jo repetitivo y mecánico, los contratos indefinidos y la seguridad a largo plazo que generaba dejaron huellas en la formación subjetiva moderna (Sennett, 2006).

En lo político, la ficción de la nación y la pretensión del Estado de bienestar dotó a los hombres de una idea de pasado compartido y memorable; a su vez, el sueño de futuro posibilitó la construcción de un proyecto colectivo, de un “nosotros común” (Lechner, 2002). La escuela moderna, funcional al Estado, impuso también hábitos y disciplina, “civilizó” transmitiendo saberes legítimos y domando los cuerpos; separó por edades y horarios, e *introyectó* la norma preparando a los futuros ciudadanos para “la Patria” y las demás instituciones.

El salto de una institución a otra no era traumático y se contaba con puentes claros: del hogar a la escuela, de esta a la fábrica o al ejército y, por último, al matrimonio. Los tránsitos eran posibles. La certeza del origen y de la proyección en lo social era asimilada en las subjetividades modernas en un contorno claramente delineado y predecible. Justo o no, el abanico de opciones era escaso, la identidad era un dato dado pero no una elección:

La clase y el género se cernían más allá del espectro de las opciones individuales; escapar de su sujeción no era mucho más fácil que desafiar el lugar de uno en la ‘divina cadena del ser’ de la premodernidad [...] la autoafirmación de la mayoría de los individuos era la de ‘encajar’ en el nicho que se les había asignado, comportándose tal y como lo hacían los otros ocupantes. (Bauman, 2002: 38-39)

Cambios contemporáneos

En las últimas décadas distintos cambios han alterado la configuración de la subjetividad. En primer lugar, ha surgido una nueva economía mundial. Algunos autores la denominan informacional y global para descifrar sus rasgos fundamentales y distintivos, y para destacar que están entrelazados. Es

informativa porque la productividad y la competitividad de los elementos de esta economía (empresas, regiones o naciones) dependen básicamente de su capacidad para generar, procesar y aplicar con eficiencia la información basada en el conocimiento. Y es global porque la producción, el consumo y la circulación, al igual que sus componentes (capital, mano de obra, materias primas, gestión, información, tecnología, mercados), están organizados a escala planetaria, bien de forma directa, bien mediante una red entre los agentes económicos:

Es informativa y global porque, en las nuevas condiciones históricas, la productividad se genera y la competitividad se ejerce por medio de una red global de interacción. Y ha surgido en el último cuarto del siglo XX porque la revolución de la tecnología de la información proporciona la base material indispensable para esa nueva economía. (Castells, 1997: 93)

La unión histórica entre la base de conocimiento-información de la economía, su ímpetu global y la revolución de la tecnología de la información ha dado nacimiento a un sistema económico nuevo y distinto. Si bien crecen las posibilidades con la tecnología y el conocimiento de generar riqueza, también se dan inéditas formas de exclusión y empobrecimiento. Por ello se habla hoy de los *infopobres*. La riqueza, hoy en día, toma la forma de apropiación de tecnología y el manejo del conocimiento define uno y otro bando en la producción del capital (Castells, 1997).

La reestructuración capitalista intensifica la desregulación, la privatización y el desmantelamiento del contrato social entre capital y mano de obra, con la ayuda de la innovación tecnológica y en pro de la flexibilidad y la adaptabilidad. Esta tendencia, hegemoneizada por el capitalismo, hizo de la información, el conocimiento y la tecnología una nueva realidad global y el nuevo el centro virtual y real de la producción.

Por otro lado, la reestructuración del capitalismo después de la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, la Segunda, a la vez que entró a alterar todas las facetas de la sociedad, modificó la estructura tradicional de producción (*fordismo*), centrada en los sistemas en serie y la especialización productiva, por la entrada de lo que algunos teóricos han llamado *toyotismo*, que privilegia la producción selectiva, flexible, descentralizada y deslocalizada.

Esta revolución del capitalismo, acentuada por la tecnología, hace que el mundo esté cada vez más condicionado por fuertes oleadas globalizadoras motivadas por la expansión del capital, a la vez que hace que sus brazos no tengan fronteras, ya que, a diferencia de los antiguos marcos de dominación, ahora los países poderosos han abandonado las viejas prácticas coloniales para ingresar legalmente en los mercados nacionales, de acuerdo con las ventajas y con los contextos, flexibilizando las condiciones laborales, exigiendo apertura para sus productos y presionando para que las políticas públicas de estos favorezcan sus condiciones de ganancia.

El grueso de la nueva economía globalizada funciona mediante empresas flotantes que se instalan temporalmente en ciertas regiones, mientras los factores de ganancia lo permiten o mientras otras latitudes son más favorables (Mejía, 2006). Desde el Consenso de Washington, en la década de los noventa, los cambios en el modelo capitalista se definen en la restricción del papel regulador del Estado, en los derechos de propiedad intelectual para conformar un nuevo tipo de inversión y en la subordinación de los Estados a los organismos y agencias multilaterales.

Por su parte, en el mundo de la política, a la vez que se asiste a la forma como se erosionan los modos clásicos de entender la identidad, de participar y decidir, se experimenta la manera en que los marcos de acción nacional e internacional se amplían de forma tal que difícilmente se puede pensar en los destinos de una nación (especialmente pobre) sin la injerencia de agencias y naciones con poder político y económico. Con creciente fuerza, las políticas de

los países se orquestan en las oficinas de instituciones internacionales y las directrices del sur han de contar con el aval de las naciones del norte, vía presión de la deuda pública.

Por otro lado, las lógicas políticas se asientan más en encuestas de opinión y en etiquetas de imagen que en propuestas, contenidos y programas. Estas realidades, de acuerdo con Lechner (2002), se dan por el desdibujamiento tradicional de lo político, que sucede fundamentalmente por la ausencia de un proyecto común y la carencia de una memoria colectiva, aspectos que radicalizan peligrosamente la obsesión por el presente, ante la sospecha fundada de no esperar nada del futuro, pues ni instituciones, ni aparatos, ni colectividades, ni agentes socializadores transmiten confianza en un proyecto colectivo válido por el cual empeñarse o luchar.

Estos puntos son cruciales para la maniobra de los movimientos sociales, pues inevitablemente la carga política de sus reivindicaciones pierde fuerza, ya que aun cuando la lista de peticiones se amplía hacia esferas nuevas de lo social, la perspectiva de transformación sociopolítica o de cambio estructural se desdibuja.

A su vez, lo cultural (símbolos, información y conocimiento) se vuelve fundamental en estas transformaciones, deviene en categoría clave para la comprensión de la sociedad contemporánea del mismo modo en que los sociólogos consideraron el trabajo como concepto nodal para la comprensión del siglo XIX (Muñoz, 1999). Esta importancia de lo cultural es trabajada por Martín-Barbero (2002), cuando describe lúcidamente el salto cualitativo que ha dado el capitalismo para la época en cuestión, pues su vocación mundial se hace realidad cuando se torna en cultura.

Las pretensiones del capitalismo se han modificado, al convertir al mercado en el lugar de producción de la red social misma. Para este autor, este es el sentido en el que hay que entender las mutaciones que se inician: *no estamos en una época de cambios* —en eso llevamos más de un siglo—, *sino en un cambio de época*, en la que lo cultural cambia de

lugar y en la que confluyen producción de sentidos y creación de conocimientos.

Se hace realidad la sentencia de Lipovetsky: “la cultura cotidiana ya no está irrigada por los imperativos hiperbólicos del deber, sino por el bienestar y la dinámica de los derechos subjetivos; hemos dejado de reconocer la obligación de unirnos a algo que no seamos nosotros mismos” (1994: 12). Para contextualizar el anterior planteamiento es necesario hacer una aproximación a lo que Martín-Barbero (2002) ha llamado el *descentramiento cultural*, relacionado con las nuevas maneras de ver el tiempo y espacio que rompen con fronteras establecidas y que permiten, a la vez, una multilocalización de los saberes, es decir, no hay instituciones ostentadoras de estos, sino que se legitima un nuevo campo *comunicacional* alimentado por múltiples corrientes simbólicas que generan un nuevo contexto para aproximarse al entendimiento de lo que los sujetos viven. Aspecto importante para descifrar la conformación de las nuevas subjetividades.

También esta globalización cultural o mundialización del conocimiento (Ortiz, 2004) vuelve cada vez más borrosas las fronteras que delimitaban no sólo las disciplinas, sino el conocimiento académico y el conocimiento “vulgar”, el mundo de los niños y el mundo de los adultos, lo local y lo global. Esto deslegitima la segmentación de una institución que en otro tiempo definiera con fuerza la subjetividad: la escuela, que hizo separar el aprendizaje por edades y por horarios fijos. Esta transgresión, además, provoca una revisión de los estatutos institucionales de las figuras del saber y la razón, que hicieron que el maestro con el libro, como antes el sacerdote con la Biblia, fueran las fuentes de verdad, autoridad y pilares de la escuela tradicional.

Subjetividades posmodernas

En el orden de lo subjetivo, se asiste a un desfundamiento de las instituciones que otrora dieron vínculo a los sujetos (Lewkowitz, 2004). El antiguo consenso social sobre el perfil del individuo que se iba a armar se rompió y el peso de las agencias tradicionales de

socialización (como la familia, la Iglesia, los partidos o la escuela) cedió lugar a nuevos escenarios como los medios de comunicación, las subculturas o la ciudad, que se ven cada vez más a modo de determinadores de identidad, pautas valorativas y modelos de comportamiento.

Y son los jóvenes, especialmente, quienes decantan estas transformaciones culturales contemporáneas, los que se sienten menos identificados con las instituciones tradicionales y los que cuestionan las normas antiguas de aglutinamiento. Ellos y ellas hacen visible en sus atuendos, ritos y lenguajes no sólo los nuevos códigos emergentes, sino las nuevas maneras de constituirse como sujetos (Martín-Barbero, 2004). El debilitamiento de los antiguos grupos sociales y del Estado-nación remite al resquebrajamiento de las subjetividades que se producían en ese contexto, pues “hablar de agotamiento de las instituciones es aludir a una pérdida: precisamente, la capacidad de instituir; las instituciones han devenido impotentes en su centenaria capacidad de producir reglas, sentido, lugares de enunciación” (Corea, 2005: 43) y han mostrado su incapacidad para generar subjetividad, o por lo menos no la esperada.

Las modificaciones en los criterios y en las formas de producción del capital se traducen en lo social, en la sobrevaloración de la innovación, en el reinado de lo flexible, en el desprestigio de la duración, en el largo aliento. La adaptación, la versatilidad, el riesgo y las oportunidades de negocio, que naturalizan las empresas, se trasladan paulatinamente al campo subjetivo en las pulsiones por lo efímero, por la inconstancia, por el camaleonismo. “Sea cual sea la identidad que se busque y desee, esta deberá ser —en concordancia con el mercado laboral de nuestros días— el don de la flexibilidad” (Bauman, 1999: 50). Nada dura para siempre, sólo el presente existe, vivir el momento, parecen ser las consignas que las subjetividades contemporáneas decantan de estas mutaciones.

Desde la historia, la experiencia que el hombre vive del presente es clave para imaginar la perspectiva de futuro en la dimensión de lo político, y de

aquí también salen insumos para el rompecabezas de la subjetividad actual. Para ilustrar este empalme conviene formular unas preguntas:

¿Con qué queremos que sueñe una juventud alimentada cotidianamente con el afán de lucro fácil, con el dinero y el confort como valores supremos, con la confusión del inteligente con el listo... con la corrupción como estrategia de ascenso tanto en la clase política como empresarial? ¿Qué entusiasmo por los proyectos colectivos le están transmitiendo las derechas y las izquierdas? (Martín-Barbero, 1998: 23-24)

Este facilismo imperante y esta “ausencia de futuro” (Parra, 1984) que viven las nuevas generaciones se expresa dramáticamente en la escuela, donde, a diferencia del pasado, no existen motivos para esperar algo alentador luego de las jornadas escolares y de los certificados de graduación. Antes se giraba un “cheque el blanco” a los jóvenes escolarizados con la certeza de que iba a ser cobrado en el mundo laboral o académico por medio de un seguro ingreso a la universidad o al pleno empleo; hoy, este cheque se quedó sin fondos, la cuenta está cancelada, y no parecen existir motivos para soñar con un futuro distinto en medio de un presente aciago.

El papel del Estado-nación fue determinante para la antigua armazón de las subjetividades, pero hoy al replantearse su papel, las subjetividades pierden referente y se nutren de otras piezas disponibles en el medio. “El Estado no desaparece como cosa; se agota la capacidad que esa cosa tenía para instituir subjetividad y organizar pensamiento” (Lewkowitz, 2004: 11), y dicha posibilidad de instituir y organizar pensamiento cede su espacio al mercado, pero además a las nuevas tecnologías y a los medios de comunicación, de allí que se empiece a hablar de subjetividades *cyborg* (Rueda, 2005) y subjetividades mediáticas (Corea, 2005). Estas nuevas realidades atomizan la formación de las subjetividades, que, apenas en emergencia, indican que:

... nuestra subjetividad está diseminada, constituyéndose sobre múltiples circulaciones y disociaciones sociales colectivas, es decir, se acabó la ilusión de la mirada sólo desde la clase, ya que hoy somos todas pero no somos ninguna de esas subjetividades de manera exclusiva. (Mejía, 2006: 178)

Por ello es adecuado hablar de subjetividades en plural, a lo largo de toda la vida, muchas de ellas utilizadas, recicladas y desechadas una vez cumplen su función. En este marco, es posible detectar algunas características gruesas de estas subjetividades que vale la pena comentar: individualismo, consumismo y comunidad.

La sociedad globalizada que nos rodea impone un proceso creciente de individualización que es vivido como una opción diaria, como una conquista permanente. Hoy, como nunca, las problemáticas sociales son vividas como responsabilidades individuales (Bauman, 2002), es decir, ante la desaparición de la responsabilidad del Estado, se crea el imaginario que la fortuna o la desgracia son costos personales que cada quien paga por su genialidad o su falta de competencia para hacerse a un destino mejor. El asunto es imponer soluciones biográficas a contradicciones sistémicas, además, en palabras de Bauman:

... el apartar la culpa de las instituciones y ponerla en la inadecuación del yo ayuda o bien a desactivar la ira potencialmente perturbadora o bien a refundirla en las pasiones de la autocensura y el desprecio de uno mismo o incluso a re canalizarla hacia la violencia y la tortura contra el propio cuerpo. (2001: 16)

El desarme de la conciencia colectiva, la apatía política, la falta de entusiasmo por proyectos colectivos, el desdén por transformaciones macro, la reclusión en la vida privada, probablemente, son algunos efectos de esta poderosa tendencia.

Otra característica de las subjetividades contemporáneas está definida a partir del consumo. Los sujetos ya no importan al Estado como ciudadanos, sino en cuanto consumidores, lo cual tuerce la lógica de los derechos exclusivamente al ámbito del consumo y legitima la estrechez democrática que se reduce a "elegir candidato". "El mercado libra a cada uno a su propia iniciativa y a su propia capacidad de hacer su vida, y bajo estas nuevas condiciones el Estado se convierte en un mero administrador de sus efectos" (Duschatazky, 2001: 131). No sólo parece que la única democracia posible es la del reality show, sino que parece normal que el Estado simplemente arbitre en las pujas y crisis económicas.

También el consumo se vuelve una marca de distinción identitaria, pues "comprar objetos, colgárselos en el cuerpo o distribuirlos por la casa, asignarles un lugar en un orden, atribuirles funciones en la comunicación con los otros, son los recursos para pensar el propio cuerpo, el inestable orden social y las interacciones inciertas con los demás" (García, 1995: 47). Este consumo simbólico se convierte en elemento nodal de las definiciones de las marcas identitarias contemporáneas y en los nuevos sentimientos de comunidad que se perfilan en estas sociedades.

Surgen comunidades que hacen patente la experiencia y el consumo tecnológico; que dependen menos de lo racional y más de lo emocional y de lo estético; de poco respeto a la tradición, al pasado y que por ello pareciera que disolvieran las memorias y los referentes históricos. Estamos frente a comunidades sensibles a lo audiovisual, que compensan la atomización y la dispersión del Estado y los macrorelatos con ofertas de vinculación a grupos y subculturas. La pérdida de expectativas escolares y la estrechez del mercado del trabajo se equilibran brindando a muchedumbres de jóvenes otras formas de socialización y de acceso a los bienes de consumo.

Como respuesta a la falta de referentes comunes, a la carencia de proyectos colectivos o de "pegamento social" (Durkheim, 1985), las nuevas subjetividades, especialmente urbanas, inventan otros

lazos, novedosos ritos y diferentes maneras de construir su identidad a partir de los elementos que lo local o lo global les proporcionan. Así, se constituyen nuevas formas de estar juntos en estas *tribus* (Augé, 1995), como algunos las definen; allí se expresa con un sentido vehemente lo microcolectivo y lo gregario, porque comparten experiencias y rituales que consolidan un fuerte sentido de pertenencia.

Algunas de estas nuevas subjetividades que decoran el paisaje de las sociedades contemporáneas, en ocasiones obsesionadas por la dialéctica inclu-

sión-exclusión que las define, desconocen otras formas de vínculo en un esfuerzo por autoafirmarse, lo que dificulta diálogos interculturales y, por lo tanto, la preocupación por tantear un proyecto colectivo alternativo. Si bien es imposible de generalizar en todo el globo la aparición de dichas subjetividades, como tendencia explican ciertas emergencias que se enclavan en contextos particulares y que para el caso latinoamericano se cruzan complejamente con fenómenos como la violencia o la pobreza; pero también con legítimos deseos de transformación social.

Literatura citada

- Augé, M.** (1995). *Hacia una antropología del mundo contemporáneo*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z.** (1990). *Pensar sociológicamente*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1999). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- (2001). *La sociedad individualizada*. Madrid: Cátedra.
- (2002). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P.** (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- (1999). Post-scriptum. En P. Bourdieu (dir.). *La miseria del mundo*. Madrid: Akal.
- (2000). *Cuestiones de sociología*. Madrid: Itsmo.
- (2002). *Lección sobre la lección*. Barcelona: Anagrama.
- Castells, M.** (1997). *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Vol. 1. Madrid: Alianza.
- Corea, C.** (2005). El desfundamiento de las instituciones educativas: subjetividad pedagógica, subjetividad mediática, subjetividad informacional. En C. Corea e I. Lewkowitz (2005). *Pedagogía del aburrido: escuelas destituidas, familias perplejas*. Buenos Aires: Paidós.
- Durkheim, E.** (1985). *La división del trabajo social*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Duschatazky, S.** (2001). Todo lo sólido se desvanece en el aire. En S. Duschatazky y A. Birgin (comps.). *¿Dónde está la escuela?: ensayos sobre la gestión en tiempos de turbulencia*. Buenos Aires: FLACSO Manantial.
- Elias, N.** (1990). *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península.
- Foucault, M.** (1990). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.
- Gimeno, J.** (2001). *Educación y convivir en la cultura global. El desafío de la ciudadanía*. Madrid: Morata.
- Lechner, N.** (2002). *Las sombras de mañana: la dimensión subjetiva de la política*. Santiago de Chile: Lom.
- Lewkowitz, I.** (2004). *Pensar sin Estado: la subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Paidós.
- Lipovetsky, G.** (1994). *El crepúsculo del deber: la ética indolorosa de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona: Anagrama.
- Martín-Barbero, J.** (1998). Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad. En H. Cubides, M. Laverde y C. Valderrama (eds.). *Viviendo a toda: jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: DIUC-Universidad Central-Siglo del Hombre.
- (1999). La educación en el ecosistema comunicativo. Revista Comunicar. Colectivo andaluz para

- la educación en medios de comunicación, (13), 13-21.
- (2002). *La educación desde la comunicación*. Buenos Aires: Norma.
- (2004). Una escuela ciudadana para una ciudad-escuela. *Revista Educación y Ciudad*, (6), 97-124.
- Martín-Baró, I.** (1997). *Acción e ideología: psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.
- Mejía, M.** (2004). La globalización educativa reconstruye el sujeto de la modernidad. En M. Laverde, G. Daza y M. Zuleta. *Debates sobre el sujeto: perspectivas contemporáneas*. Bogotá: Universidad Central- DIUC-Siglo del Hombre.
- (2006). *Educación(es) en la(s) globalización(es) I: entre el pensamiento único y la nueva crítica*. Bogotá: Desde abajo.
- Muñoz, G.** (1999). Cultura de los derechos humanos en la escuela desde una perspectiva juvenil. En *Derechos jóvenes*. Serie de documentos N° 3. Santafé de Bogotá: Cepecs.
- Ortiz, R** (2004). *Mundialización y cultura*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Parra, R.** (1984). *La ausencia de futuro: la junta colombiana*. Bogotá: Plaza & Janés.
- Rueda, R.** (2005, 7-10 de junio). Subjetividades cyborg: ficciones y posibilidades para una tecnoreistencia. En *Seminario Internacional ¿uno o varios mundos posibles?* Bogotá: Universidad Central-IESCO.
- Sennett, R.** (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Torres, A.** (2006). Subjetividad y sujeto: perspectivas para abordar lo social y lo educativo. *Revista Colombiana de Educación*, (50), 87-104.